

Octavio Paz

Pensador y poeta de la alteridad

Francisco Prieto

Octavio Paz ha sido el traductor incansable de los diversos lenguajes y códigos de la sociedad mexicana, un revelador de analogías entre el mundo mexicano con las comunidades europeas y las culturas del extremo Oriente, especialmente la India. De todo esto dan cuenta sus ensayos pero, también, su poesía.

Octavio Paz es un hombre de letras que, en tanto tal, asume los aspectos más diversos del mundo en que le tocó vivir, dialoga consigo mismo, que es encontrar a los otros, puesto que nuestro ser no es pura identidad consigo. Y es que antes de todo encuentro, de toda invasión del afuera, el otro está ya en nosotros y condiciona *a priori* la aprehensión del otro fuera de nosotros. Cuando Paz escribe “en una sociedad realmente libre lo importante sería el cultivo de las diferencias”, pues “aquello que nos distingue es aquello que nos une”, propone, ni más ni menos, la primacía de la relación y, por tanto, del diálogo en la existencia humana. El otro me descubre esa posibilidad de ser que no puedo hacer en mí pues me asombra y me deslumbra; descubre una carencia, una menesterosidad y al reconocerle me reconozco. Yo mismo sucede, en el tiempo, a yo-otro. Y es que lo que no está unido desde un principio no lo estará jamás. Sólo la distinción hace presente en la carencia el impulso a la unión. Y dice Paz: “La decadencia moderna del amor es la consecuencia de la decadencia de la noción de persona y del ocaso de la idea de alma”.

Entonces, poder encontrarse a sabor entre las cosas, en paz consigo, requiere que el individuo, instalado en la comunidad, se sepa otro. Instalarse en la comunidad y saberse otro presupone la idea del alma sobre la que se construye el yo.

El yo así construido hace del hombre persona. “La idea del alma —declara Octavio Paz a Masao Yamaguchi— es el origen del amor en Occidente. Uno no ama solamente el cuerpo, ama también el alma. Como esa alma está ligada a un cuerpo, se ama a una persona, solamente a esa persona”.

Asimismo, dice Paz al filósofo Fernando Savater: “No nos conocemos a nosotros mismos porque no poseemos una identidad única y estable. El hombre es un desconocido para sí mismo porque encierra en sí mismo personalidades que desconoce... Hay, en cada uno de nosotros muchos desconocidos: nuestro cuerpo, el hombre que aparece en nuestros sueños o el que brota en ciertos momentos privilegiados, como el amor, la conversación, la pasión...”.

Todo Paz parece encerrarse y abrirse en este poema:

Todo nos amenaza:
El tiempo, que en vivientes fragmentos
[divide
Al que fui
Del que seré,
Como el machete a la culebra;
La conciencia, la transparencia
[traspasada,
La mirada ciega de mirarse mirar;
Las palabras, guantes grises, polvo
[mental sobre la yerba,
El agua, la piel;
Nuestros nombres, que entre tú y yo
[se levantan,
Murallas de vacío que ninguna
[trompeta derrumba.
Ni el sueño y su pueblo de imágenes
[rotas,
Ni el delirio y su espuma profética,

Ni el amor con sus dientes y uñas nos
[bastan,
Más allá de nosotros,
En las fronteras del ser y el estar,
Una vida más vida nos reclama.

Octavio Paz ha sido uno de los escasos escritores contemporáneos para quien el encuentro de Oriente y Occidente significa, como el encuentro hombre-mujer, la vuelta al principio en el camino y desde el aquí y ahora. Así “el que escribe y aquel que mira al que escribe son la misma persona. El escritor se percibe como dualidad, como escisión”. El verdadero escritor, el verdadero artista, sabe que el núcleo de su experiencia poética, como esa primera línea que ha esbozado, le han sido dictados y en ese instante comprueba que yo-mismo surge del encuentro de los contrarios, como las alegrías y las tristezas no se excluyen en la felicidad y la beatitud. El autodiálogo, mejor aún, el diálogo intrapersonal, anula la facilidad de los ismos y el hombre de partido que enfrenta, desprejuiciado, el texto del artista reintegra su ser antes enajenado y disperso. Porque el verdadero poeta es yo y yo-otros, reproduce el lector ese mismo diálogo que no es con el autor, sino consigo.

No puedo concluir sin citar unos versos de Paz que son, también, una plegaria:

Soy hombre: duro poco
Y es enorme la noche.
Pero miro hacia arriba:
Las estrellas escriben.
Sin entender comprendo:
También soy escritura
Y en este mismo instante
Alguien me deletrea. **u**